

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 59
Cuba: Cien Años de Alejo Carpentier

Article 4

2004

La lección políticade Alejo Carpentie

Rafael Gutiérrez Girardot

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Girardot, Rafael Gutiérrez (Primavera-Otoño 2004) "La lección políticade Alejo Carpentie," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 59, Article 4.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss59/4>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LA LECCIÓN POLÍTICA DE ALEJO CARPENTIER

Rafael Gutiérrez Girardot
Universidad de Bonn

El derrumbamiento del comunismo causó un desprestigio indiferenciado de la izquierda, que abrió el camino al desaforado neoliberalismo, cuyo cínico dominio contribuyó esencialmente al desmoronamiento de América Latina, puesto en marcha por las dictaduras, favorecidas por los Estados Unidos. El aumento de la pobreza y la concentración de la riqueza en pocas manos ha agudizado los conflictos sociales, pero a su vez ha provocado significativas reacciones rebeldes y la formación de grupos que reclaman y se empeñan en imponer la justicia social. Sin embargo, esos esfuerzos requieren un amplio marco histórico-ideológico, que permita superar los localismos y cree la conciencia de que el viejo ideal del Libertador y de los propulsores ideológicos de la Magna Patria, como José María Torres Caicedo y Manuel Ugarte (de los siglos XIX y XX), esto es, la unidad de América Latina, es hoy la más segura y necesaria alternativa a la destrucción de nuestra América, que han organizado los agentes de Estados Unidos, la variopinta, corrupta y autodespatriada llamada clase alta o dirigente. Alejo Carpentier contrapone, sin mencionar ni polemizar con ese cipayismo “legalizado” y disfrazado de progreso, un postulado y ejemplo a la vez de la pasión por Nuestra América, que fundamenta con una precisa interpretación de su historia social, política y cultural. Él parte del contraste entre Europa y América, que es un presupuesto para desvelar la relación entre el Viejo y el Nuevo Mundo y para determinar el perfil de América.

Huellas del surrealismo, en el que participó en Francia a fines de los años 20, se perciben en su interpretación de América. El acento que pone, por ejemplo, en la importancia de los mitos, de lo antirreal y antirracional,

es una de esas huellas, que, sin embargo, no significan un prejuicio, sino todo lo contrario: despejan la óptica para contemplar sin prejuicios bíblicos o mediterráneos la presencia de esos peculiares mitos. En América se funden mito y naturaleza, lo fantástico se hace real. El primer acceso al conocimiento y conciencia de América es el paisaje, es decir, la tierra firme que encontró Colón, el Nuevo Mundo. Como el Almirante, Carpentier descubre América; su método consiste en dar la palabra a lo que va encontrando en su camino descubridor. Este método determina la descripción de su descubrimiento: además de fundamentada históricamente, es pictórica en el sentido de que ella hace surgir ante los ojos las estaciones del viaje. En esa descripción se entrelazan los rastros de sus predecesores en el viaje, que generan la esperanza que subyace a la Utopía de América. Presentida por Tomás Moro, Campanella y Voltaire y configurada por hombres como Lucas Fernández Peña y Patss Caroque, descubridores de yacimientos de oro y de diamantes que beneficiaron a otros y que “jamás hicieron esfuerzos reales por enriquecerse con sus hallazgos”, la Utopía implica un “desprecio total por las deleznable facilidades de lo que llamaron civilización”.

La Utopía que anhela Carpentier es la que restablece una edad precapitalista, es decir, la de una fraternidad social que desprecia el principio de lucro de la sociedad burguesa. Es una Utopía paradisiaca, si así cabe decir, que, sin embargo, no aspira a un pasado soñado, al Paraíso terrenal, sino a un futuro gobernado por noble y generosa fraternidad. En su conferencia de 1922, *La Utopía de América*, Pedro Henríquez Ureña fundamenta de manera semejante la Utopía del futuro americano: “Si nuestra América no ha de ser sino una prolongación de Europa, si lo único que hacemos es ofrecer suelo nuevo a la explotación del hombre, si no nos decidimos a que esta sea la tierra de promisión para la humanidad cansada de buscarla en todos los climas, no tenemos justificación: sería preferible dejar desiertas nuestras altiplanicies y nuestras pampas si sólo hubieran de servir para que en ellas se multiplicaran los dolores humanos... los que la codicia y la soberbia infligen al débil y al hambriento”. Para formular esa exigente esperanza, Henríquez Ureña partió de su experiencia con el México postrevolucionario, como caso ejemplar para su tesis.

Carpentier encontró esa esperanza en el conocimiento de la historia entrelazada con la Naturaleza prodigiosa de Venezuela. Carpentier renueva el topos literario de la Naturaleza como “esencia” de América, que formuló primeramente Andrés Bello en sus *Silvas* (“Alocución a la poesía” y “A la agricultura de la Zona Tórrida 1823-1826 respectivamente). Pero no considera la Naturaleza como determinante, sino como horizonte pictórico y grandioso que la diferencia de Europa. Esa diferencia no excluye lo europeo, sino lo transforma. Esta relación con Europa requiere el esclarecimiento de sus condiciones. Históricamente, esa relación se redujo en el siglo XIX a imitación de Europa, con retraso. Los escritores latinoamericanos que

surgieron al par y después de la independencia se debatieron sobre el propósito de acompañar la independencia política de España con su correspondiente independencia intelectual. La carencia de una tradición a la altura de las circunstancias contribuyó a que los escritores buscaran llenar ese vacío con la importación, por así decir, de la cultura europea moderna. Andrés Bello advirtió, ya a mediados del siglo XIX, que la ciega imitación de lo europeo excluía la adecuada apropiación crítica de sus lecciones europeas.

Se pasó por alto esta advertencia, pero las imitaciones que Carpentier aduce, tardías todas, como el romanticismo, el simbolismo y la reacción que ellas provocaron, forman parte de un proceso de asimilación de la cultura europea que llene otro vacío: el de la ausencia de lo que Carpentier llama “tradición de oficio”. Pese a que ese proceso fructificó ya en el siglo XIX con Rubén Darío, por ejemplo, a quien Carpentier critica y admira, y quien contribuyó considerablemente a crear esa “tradición de oficio”, estos “ismos”, imitados tarde, dejaron la huella del vicio de la imitación, del remedo. La crítica a este vicio se refiere a la incapacidad de los imitadores de “traducir América con la mayor intensidad posible”. Una de las reacciones contra ese proceso de asimilación, el “nativismo”, suscita en él una crítica que matiza la crítica a los “ismos” y especifica la significación de la “tradición de oficio”.

En el ensayo sobre “La problemática de la actual novela latinoamericana” (1964) (la crítica a los “ismos” la expresó en el artículo “América ante la joven literatura europea”, de 1931) aseguró: “La incultura filosófica, literaria, enciclopédica de nuestros grandes nativistas es notoria. Muchos de ellos hubieran sido incapaces de dialogar, en plano profesional, con sus colegas de Francia, Inglaterra o España. De ahí que el enfoque asiduo de culturas extranjeras, del presente o del pasado, lejos de significar un *subdesarrollo* intelectual, sea, por el contrario, una posibilidad de universalización para el escritor latinoamericano”.

Esta opinión coincide, por el sentido, con la que expresó Pedro Henríquez Ureña en su ensayo de 1926 “El descontento y la promesa”: “... contentándose con la tibia y confusa enunciación de nuestras intuiciones, las desvirtuaremos ante el oyente y le parecerán cosa vulgar. Pero cuando se ha alcanzado la expresión firme de una intuición artística, va en ella, no sólo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido...” “Nuestros enemigos, al buscar la expresión de nuestro mundo, son la falta de esfuerzo y la ausencia de disciplina, hijos de la pereza y la incultura...”.

La tradición de oficio y el ansia de perfección son postulados de heroica realización. Sus obstáculos no son sólo la pereza, la incultura, la indisciplina y el remedo, sino, además, lo que Henríquez Ureña llamó en el mismo ensayo “La vida en perpetuo disturbio y mudanza”. Carpentier detalla estos

obstáculos: la “ola de dictadores iletrados invadió sucesivamente, hasta nuestros días, las repúblicas de América. Se llamarán Cipriano Castro, Estrada Cabrera; más hábil, un Porfirio Díaz no morirá asesinado, pero detendrá la presidencia de México durante treinta años (i), y será el culpable, por su cruel complacencia con los grandes terratenientes, de que el vasto suelo del país se lo repartan once mil propietarios. Durante un siglo, casi todos los intelectuales de este continente conocieron la prisión, el exilio, y en Guatemala y Venezuela incluso la tortura y la muerte...”.

En este ensayo, de 1932, “Los puntos cardinales de la novela en América Latina”, Carpentier describe un estado del intelectual latinoamericano que Alfonso Reyes caracterizó concisamente en su conferencia de 1942 “Notas sobre la inteligencia americana”. En ella recordó a los intelectuales europeos el heroico trabajo que cuesta a los intelectuales latinoamericanos “mantener la antorcha encendida”. Pero esa no es la única incompreensión. En el citado ensayo de 1932, Carpentier alude a otra de mayor significación, pues sigue determinando la prepotencia eurocentrista de quienes, después de cinco siglos, parecen no haber podido reconocer el Descubrimiento de América, la realidad del Nuevo Mundo. Los europeos, dice Carpentier, no pueden explicarse que “un mundo mayor que Europa, dividido en numerosas repúblicas, casi aisladas unas de otras por barreras naturales y dificultades de comunicación, un mundo ya dotado de una población autónoma más o menos numerosa...; no puede explicarse cómo es que ese continente que posee todos los climas, todos los injertos, todas las costumbres imaginables, admite la posibilidad de una sensibilidad común”.

Esa “sensibilidad común” es la sustancia de la unidad de América. La miopía eurocentrista llega al extremo de que desde la perspectiva de una pluralidad de Estados y culturas no es posible esa unidad, y así confunden *unidad* con *uniformidad*. Carpentier presenta su doble faz: la comunidad de ideologías, de desarrollos políticos y culturales, influencias, revoluciones, por una parte. Y la violencia y el dramatismo en las que está anclada esta comunidad. Esta doble faz del mundo latinoamericano no empobrece su complejidad “maravillosa”, “tan lleno de misterios, tan lleno de cosas no nombradas”, en suma, tan propicia a la épica poética, no en el sentido de *epos*, sino en el nuevo de narración poéticamente analítica de esa “realidad maravillosa”.

La exigencia de esa épica poética es la cultura, es decir, la pluma de un “poeta doctus”. Y lo es en un doble sentido: conoce la literatura occidental, desde la Grecia antigua hasta la moderna literatura europea y la amplia de Nuestra América, y con ese conocimiento rescata a la historia social y cultural latinoamericana del prejuicio europeo y del sumiso prejuicio latinoamericano de que el Nuevo Mundo es un mundo social y culturalmente selvático; con ese conocimiento, pues, destaca la universalidad humana de

Latinoamérica. El procedimiento para comprobar esa universalidad es lo que Carpentier llama el establecimiento de una “escala de comparación”. En el ensayo “La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo”, de 1979, ilustra esa “escala de comparación”. Recuerda que presencié una escena de iniciación del “voudú”, que es análoga a la del sacrificio de Ifigenia en el altar de Artemisa. Y tras otros ejemplos concluye: “Yo he llegado a ver los mitos americanos en función de los mitos universales, estableciendo enseguida relaciones... cada vez que veo algo en América Latina pienso inmediatamente en otras cosas. Y cuando termina Homero la Odisea diciendo: “Héctor domador de caballos”, para mí el domador de caballos es un llanero, o es un jinete camagüeyano, o es un gaucho de la pampa... y a mí me ha parecido que el *Ajax* de Sófocles es una tragedia llanera simple y sencillamente...”.

Con ello Carpentier no sólo pone de presente que “hay una cantidad de constantes, que han pasado...”, es decir, que Latinoamérica no es, como lo aseguraron De Paw y Buffon en el siglo XVIII y filósofos del siglo XX, degenerada en todos sus aspectos (botánicos, zoológicos, geográficos, humanos) sino un mundo nuevo, pero humano como todos los demás del Planeta. Significativo es que para esta comprobación Carpentier se nutre de su experiencia venezolana, de su intimidad admirativa con la patria de las patrias, la de Andrés Bello, de Simón Rodríguez, la del Libertador, la de sus llanuras. En su ensayo “De lo real maravilloso americano” (1948-1964), da poético testimonio de su experiencia. Poético, porque el tono y la orgullosa y justa serenidad emotiva delatan al narrador que redescubre a los apesadados cipayos latinoamericanos por la “peste del olvido”. Nuestra América, la que fundamentó José Martí, cuyas huellas él siguió. La estadía de Martí en Venezuela colmó su deseo de conocer la “matriz de América”. Cuando volvió a Nueva York escribió una carta a su amigo Fausto Teodoro de Aldrey, en la que expresa su gratitud por la acogida que le dieron en Venezuela: “Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehemente pago sus cariños; sus goces me serán recreos; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustias; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajador en sus caminos: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, esta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Déme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo”.

Con semejante talante poético, Carpentier apunta lo que debe a Venezuela, esto es, la visión de una múltiple y maravillosa América, de la que es preciso traer a cuento estas líneas: “Arrastra el latinoamericano una herencia de treinta siglos, pero, a pesar de una contemplación de hechos absurdos, a

pesar de muchos pecados cometidos, debe reconocerse que su *estilo* se va afirmando a través de su historia, aunque a veces ese estilo puede engendrar verdaderos monstruos. Pero las compensaciones están presentes: puede un Melgarejo, tirano de Bolivia, hacer beber cubos de cerveza a su caballo Holofernes; del Mediterráneo caribe, en la misma época, surge un José Martí capaz de escribir uno de los mejores ensayos que, acerca de los pintores impresionistas franceses, hayan aparecido en cualquier idioma. Una América Central, poblada de analfabetos, produce un poeta – Rubén Darío – que transforma toda la poesía de expresión castellana. Hay también ahí quien, hace un siglo y medio, explicó los postulados filosóficos de la alienación a esclavos que llevaban tres semanas de manumisos. Hay ahí (no puede olvidarse a Simón Rodríguez) quien creó sistemas de educación inspirados en el *Emilio*, donde sólo se esperaba que los alumnos aprendieran a leer para ascender socialmente por virtud del entendimiento de los libros, que era como decir de los códigos. Hay quien quiso desarrollar estrategias de guerra napoleónica con lanceros montados, sin monturas ni estribos, en el lomo de sus jamelgos. Hay la prometeica soledad de Bolívar en Santa Marta, las batallas libradas al arma blanca durante nueve horas en el paisaje lunar de los Andes...”.

Simón Rodríguez y Bolívar crearon y representaron una América justa, solidaria, libre y heroica. Sus hazañas, sin embargo, no lograron transformar las estructuras sociales heredadas de la Colonia: las discriminaciones étnicas y sociales. A ello se agrega la “ola de dictadores iletrados”. Pese a esas depravaciones de América Latina, Carpentier no pierde la fe en el Continente. Su argumento es un acto de fe, que se funda en un peculiar “esencialismo”. En la ya citada conferencia sobre “La novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo” replicó a un estudiante que le objetó: “Usted a veces habla de lo real maravilloso americano, cuando en realidad debía hablar de lo real horroroso americano”. Le dijo: “Tiene usted razón, pero me parece que está confundiendo usted lo temporal con lo permanente. Si yo creyera que lo horroroso americano, el desarrollo, a dimensiones a veces que cubren todo el mapa de un país, del alambre de púas de Santos Luzardo, había de perpetuarse; si yo creyera que ciertas abominables dictaduras latinoamericanas y tiranías latinoamericanas hubieran de perpetuarse, yo, literalmente, abjuraría de tal continente. Es por lo mismo que tengo fe en él, y tenemos fe en él, que sabemos dividir lo que es temporal y transitorio, dolorosamente, sangrientamente transitorio, de lo que permanece eterno”.

Lo permanente eterno es la *esencia*, lo transitorio es la *existencia*. Con este “esencialismo” Carpentier no se mueve en el campo filosófico. Este “esencialismo” es peculiar porque lo que él llama lo “permanente eterno” es la esencia fundada en una tradición histórica, es, pues, una esencia temporal. Tras la aparente paradoja se divisa una coherencia que para Latinoamérica es el motor de su historia: la Utopía. En el ensayo “El último buscador del

Dorado” pregunta: “¿Qué leyenda” pudieron “perseguir... la que los hombres de Europa persiguieron durante siglos uniendo extrañamente al propósito de saquear el oro de Manoa, el anhelo de hallar una Utopía, una Heliópolis, una Nueva Atlántida, una Icaria, donde los hombres fuesen menos locos, menos codiciosos, viviendo una historia no empezada con el pie izquierdo. En América situaba Tomás Moro su Utopía; también en América debía hallarse la Ciudad del Sol de Campanella... En Manoa, decía a Cándido el inevitable anciano razonador del siglo XVII francés: “Como estamos rodeados de intransitables greñas y simas espantosas, siempre hemos vivido exentos de la rapacidad europea, con la insaciable sed que le atormenta, de las piedras y el lodo de nuestra tierra...”.

Lo que Carpentier anhela es, en suma, una nueva Patria de la Justicia, como la llamó Pedro Henríquez Ureña en su ensayo “La Utopía de América”, de 1925. A esa América utópica y en parte real, a lo real maravilloso americano, se opone la saña de los países europeos misoneístas, fruto de una compleja codicia y envidia del Nuevo Mundo hispánico, que se concreta en una situación, resumida por Carpentier en este párrafo: “La historia moderna de América Latina nos enseña que todo poder autoritario que cuenta con el apoyo de a) los grandes capitales; b) las oligarquías nacionales; c) los monopolios extranjeros, las empresas multinacionales; y e) el respaldo (y ayuda) del Departamento de Estado norteamericano, es factor negativo, agente de opresión –luego inadmisible–. Y cíteseme una sola dictadura latinoamericana, en este siglo, un solo gobierno corrompido y tiránico de nuestro continente, que no haya contado con el apoyo de esas cinco fuerzas”. Esas cinco fuerzas han agudizado la lucha de clases, fomentado el analfabetismo, sustentado el imperialismo y provocado una reacción revolucionaria: son su más sólida y noble justificación.

Consecuentemente, Carpentier se adhirió en 1959 a la promesa de una nueva aurora de la Historia de “Nuestra América”, la Revolución Cubana. Aunque esta fue obligada a desvirtuarse por la guerra fría, su inscripción en el Partido Comunista en 1974 – al cumplir los setenta años de edad – y su consecuente valoración de *El Capital*, de Marx (no hay en sus reflexiones huella alguna de la falsificación de este por el leninismo de la burocracia del Partido), sólo invita a una renovadora y razonada redefinición de la izquierda, a formular una alternativa precisa al neoliberalismo cínicamente cruel. Hegel escribió; “No se ha realizado nada grande en el mundo sin pasión. La idea es la urdimbre, las pasiones son la envoltura del gran tapete de la historia universal extendido ante nosotros”. La pasión de Nuestra América es la sustancia de la obra novelística y de su fundamentación histórico-política de Alejo Carpentier. Ella es el presupuesto de la urgente redefinición de la izquierda. Sus reflexiones sobre la historia y la política de Nuestra América son suscitaciones para ampliarlas y fundamentar detalladamente esa redefinición, esto es, la conciencia de una América emancipada y justa,

que ha sido nutrida por los Arquitectos de América: Bello, Bolívar, José Martí, Manuel González Prada, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, José Luis Romero, por sólo citar señeros ejemplos.

Carpentier recoge, revivifica, resucita la pasión de esa tradición, que él incluye en el marco real y a la vez visionario de “lo real maravilloso americano”. “No se ha realizado nada grande en el mundo sin pasión”. En la larga y cruel agonía de los depravadores de Nuestra América, agentes de la codicia bélica del aspirante a nuevo Imperio, comienza a perfilarse una difícil y perspicaz emancipación de nuestro Nuevo Mundo. La pasión de Carpentier por él tiene la fuerza y alta poética hondura que impulse a quienes perciben la necesidad de la realización de nuestra Utopía bautismal y contribuyen a que se realice lo latente en Nuestra América, la culminación de lo “grande”: la configuración política de “lo real maravilloso americano”, la Patria paradisiaca de la justicia. La América de Bolívar y Martí tiene fuerza para acercarse a sus límites. Esa es la lección política de Alejo Carpentier.

NOTA

Estas páginas sólo pretenden glosar los ensayos de Alejo Carpentier editados por Alexis Márquez Rodríguez en la colección *Biblioteca Ayacucho*, bajo el título *Los pasos recobrados* (Caracas; 2003). Como tales, renuncian a todo aparato bibliográfico y se limitan a mencionar los títulos de los ensayos citados. El procedimiento es una incitación a la lectura de los ensayos, cuya introducción por Alexis Márquez Rodríguez es exhaustiva y constituye, junto con los textos, un *Manual del Latinoamericano del Siglo XXI de la Emancipación*.